



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

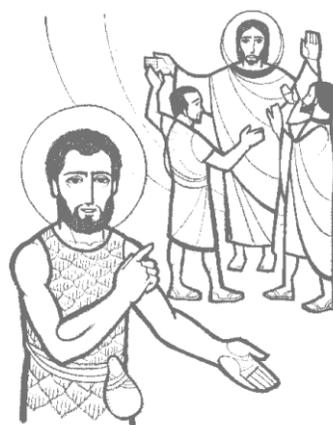


Domingo II

Tiempo Ordinario

(ciclo B)

14 de enero de 2024



I. Notas exegéticas

1 Samuel 3, 3b-10. 19

Habla Señor, que tu siervo escucha

Los dos libros de Samuel se consideran como una sola obra que quedó dividida en dos volúmenes sólo por motivos prácticos. Se trata de una bella obra literaria con un trasfondo histórico que nos relata desde la vida de Samuel, el último juez, hasta casi el final del reinado de David. Se les denomina libros de Samuel porque él es el primer protagonista, al ser el último juez de Israel y el encargado por Dios para hacer la transición del periodo de los jueces a la monarquía y, además, por haber ungido a los dos primeros reyes, Saúl y David, cuya historia se relata en ellos. La monarquía en Israel es la etapa en la que el pueblo se empezó a comprender como una sociedad estructurada, en palabras de hoy día se diría un Estado nacional de derecho. Cronológicamente estos acontecimientos se ubican entre el siglo XI y X AC., alrededor de los años 1050 a 971 AC.

Samuel, formado a los pies de Elí, ha recibido un llamado singular, justo la lectura de este día. Aparece como consagrado a Dios desde el seno materno (pues su nacimiento es gracias a una promesa de Ana, su madre, a Dios, para que le abriera su vientre a la fertilidad). Es sacerdote, juez, profeta, persona clave en la transición de la judicatura a la monarquía. Es intercesor del pueblo y también la voz crítica de Dios ante la comunidad y ante su primer monarca, Saúl, mostrando así que el rey y todos sus habitantes están sometidos a la Palabra de Dios.



Diseño: Vicaría de Evangelización





El relato de este día es conocido como la vocación de Samuel y, aunque el texto nos hace ver que él vivía en el Templo al servicio de Dios desde temprana edad y que duerme en la habitación al lado de su sacerdote maestro Elí, aun así es necesaria una llamada propiamente dicha de Dios Yahvé para realizar la misión que le encomendarán. Lo que nos muestra ya una lección, una cosa es conocer a Dios de oídas (oraciones y cantos en el culto del Templo, además de lecciones bien aprendidas) y otra muy distinta el contacto profundo con Dios a través de su Palabra. Se hace necesario también el don del discernimiento, tarea en la que le ayuda Elí que es capaz de reconocer quien es aquel que está llamando al muchacho.

Si ponemos nuestra atención en la manera como se manifiesta Dios, debemos comprender que Él no comunica su voluntad al pueblo directamente, se sirve de una persona concreta para hacerlo; además, Dios se muestra aquí como un ser extraño y desconcertante, que elige para la misión a un niño de corta edad. Más adelante en el relato, Dios se mostrará cercano y compasivo con su pueblo, lo que nos permite descubrir la gradualidad en la revelación de Dios y su voluntad. Finalmente, es importante destacar la gran disponibilidad de Samuel: “habla, Señor, que tu siervo escucha”.

Sal 39, 2 y 4ab. 7. 8-9. 10

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

El salmo 39 presenta dos momentos: en el primero se trata del canto de acción de gracias y confesión de un enfermo que va al templo a dar testimonio de su curación (vv. 2-11); en el segundo tenemos una oración de súplica, de alguien que pide ayuda a Dios en una situación de conflicto personal y enfrentamiento con grupos que lo acusan.

Estas dos unidades ofrecen un bello testimonio de la “liturgia de curación” que se celebraba en el entorno del Templo de Jerusalén, no como sacrificio ritual oficiado por sacerdotes levitas, sino como reunión del pueblo con la confesión agradecida del curado, a quien la asamblea acoge de nuevo (al parecer cuando estaba enfermo había sido excluido de la comunidad).





Quien entona el salmo es el curado que declara su fidelidad a Yahvé, confesando que ha sido Él quien lo ha curado, no los médicos paganos. Esta ceremonia de agradecimiento y confesión debe ser ratificada en un libro (documento) donde se diga que el sanado ha venido para cumplir la ley o voluntad de Dios.

La parte del salmo que proclamamos en este domingo corresponde al primer momento de este salmo. Es importante destacar que el salmista no comienza diciendo que estaba enfermo, sino lo contrario, que ha sido curado, insistiendo en el hecho de que su enfermedad era de muerte, como lo indica la evocación de “bajar a la fosa” (que es una manera de referirse a la tumba). Parecía que estaba condenado a morir, pero Yahvé afianzó sus pies y aseguró sus pasos de manera que pudo levantarse y caminar, dando gracias en el Templo, pues Yahvé puso en su boca un canto nuevo, una oración agradecida.

El salmista que ha sido curado viene al templo, ante Dios, para agradecerle la vida y cumplir su voluntad, pero deja a un lado los sacrificios y ofrendas, pues afirma llevar la ley (Torah) en sus entrañas y esa voluntad de Dios es la que él ofrece cumplir.

I Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Vuestros cuerpos son miembros de Cristo

Pablo se encuentra en la ciudad de Éfeso hacia el año 52, allí le llegan noticias de la comunidad de Corinto donde había permanecido algún tiempo fundando la comunidad que tantos trabajos le dio durante su vida misionera. Para seguir cultivando la fe de la comunidad se desarrolla todo un proceso de formación a través de un numeroso intercambio epistolar (algunos hablan de cerca de seis cartas o tal vez más, que tenemos hoy día compendiadas en sólo dos). Por lo anterior, a lo largo del desarrollo de las cartas Pablo va respondiendo uno a uno los problemas y situaciones particulares que le comentan y que son ocasión de escándalo en medio de comunidad.





El pasaje de este domingo aborda un gran problema, la fornicación en la que caen los hombres que consideran natural y aceptable acudir a buscar los servicios de una trabajadora sexual. Para comprender esta situación es preciso saber que la ciudad de Corinto era famosa por su vida llena de excesos y de hecho la prostitución era de las cosas más representativas de la sociedad de aquel entonces, tanto así que los hombres decían “vamos a corintear”, para referirse a la búsqueda de este tipo de servicios femeninos.

El argumento que Pablo ofrece a los hombres de Corinto para corregir su comportamiento se basa en hacerles caer en la cuenta de que su cuerpo no es para la fornicación, sino para ofrecerlo a Dios, el Señor; además les explica que son miembros del cuerpo de Cristo. Por tanto, si los cristianos son miembros de Cristo existe una unión especial e integral con Él, por lo que se hace inaceptable la unión con una prostituta. El siguiente argumento es hacerles caer en la cuenta de que son templos del Espíritu Santo y, por ende, su cuerpo ha de ser ocasión de glorificación a Dios.

Juan 1, 35-42

Vieron dónde vivía y se quedaron con él

El cuarto evangelio comienza con una solemne introducción que se denomina Prólogo (1, 1-18), en el que se afirma que la vida de Jesús tiene origen en la eternidad, de la cual ha descendido para poner su morada entre nosotros y que refiere así mismo el testimonio de Juan Bautista, enviado a ser testigo de la presencia de Dios entre los hombres. A continuación vienen los primeros cuatro días de la vida pública de Jesús (1, 19-51): en el primero encontramos a Juan declarando que él no es el Mesías, sino la voz de quien lo anuncia; en el segundo día, Juan declara que Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; en el tercer día (que es el que aparece este domingo) encontramos a Juan señalando a sus discípulos quien es Jesús y éstos, por su parte, lo comienzan a seguir, preguntando dónde vive, es decir, lo están eligiendo a él como su nuevo maestro; en el cuarto día, Jesús se encuentra con Felipe y Natanael.





El texto evangélico de este domingo puede comprenderse en dos partes, en la primera Andrés y el discípulo anónimo, dejan a Juan el Bautista y siguen a Jesús; en la segunda parte encontramos a Andrés dando testimonio de Jesús ante su hermano Simón, luego, cuando Jesús conoce a Simón, le cambia de nombre.

En la primera parte la iniciativa parte del Bautista, quien al ver pasar a Jesús repite la afirmación del primer día: “este es el cordero de Dios”; este título parece claramente referido al personaje del que habló Isaías: uno que salva a su pueblo cargando con sus pecados y que, cuando lo condenan a muerte, “como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, no habría en la boca (Is 53, 6-7). Las palabras de Juan Bautista más que simple información, parecen contener una invitación a sus discípulos a entrar en contacto con ese personaje, hasta el momento misterioso. Juan, con esta actitud de desprendimiento y generosidad, está anticipando lo que dirá un poco más adelante: “yo no soy el Mesías, sino que me han enviado por delante de él”, “él debe crecer y yo disminuir” (3, 28 30).

Por su parte los dos discípulos, aunque quizás no entendieron con claridad el significado de este título, sienten curiosidad y lo siguen y escuchan las primeras palabras que pronuncia Jesús en el evangelio de Juan: ¿qué buscan? La pregunta se dirige no solamente a los discípulos, sino al lector a quien también Jesús quiere cuestionar.

En la segunda escena encontramos a Andrés dando testimonio de Jesús ante su hermano Simón y, aunque desconocemos el tema de la conversación que tuvo Jesús en su casa con los dos discípulos que le siguieron, sabemos que Andrés descubre en Jesús al Mesías esperado por el pueblo de Israel.

Pero aquí es importante referir la comprensión que se tenía por aquel entonces de este personaje: el pueblo de Israel esperaba del Mesías que realizara numerosos milagros, como sugiere la gente de Jerusalén: “cuando venga el Cristo hará más milagros de los que se han hecho (Jn 7, 31); también, en esta línea prodigiosa, otros pensaban que el Mesías permanecería para siempre (Jn 12, 34). Pero además de lo anterior, este título tenía una fuerte carga política, pues se esperaba que fuera el gran libertador de toda opresión política, social y militar, que los librara de todo tipo de sometimiento.





La escena termina con un encuentro bastante particular entre Jesús y Simón; nos dice el evangelista que Jesús se le quedó mirando, no lo saluda, no le pregunta qué busca, ni siquiera necesita que Andrés se lo presente. Él sabe quién es Simón, sabe de su padre y, a renglón seguido, con una autoridad suprema, le cambia el nombre por “Cefas”, sin explicarle ni el motivo ni lo que significa este nuevo nombre.

Para un judío el nombre y la persona se identifican; lo que advierte Simón, es que ese personaje está disponiendo de él, sin consultarlo ni pedirle permiso, la escena simboliza el poder de Jesús sobre Simón y una cierta predilección por él, ya que es el único al que le cambia el nombre. Ya desde el comienzo del Evangelio el lector advierte que deberá conceder gran importancia a este personaje a lo largo del relato.

Aunque en la liturgia de este día sólo leemos lo que correspondería al tercer día de la semana inaugural del ministerio de Jesús en su conjunto, los cuatro días pretenden una progresiva revelación de la identidad de Jesús: Juan Bautista lo llama Cordero de Dios; los dos primeros discípulos se dirigen a Jesús como Rabí, es decir maestro; Andrés, después de haber estado en la casa de Jesús, lo reconoce como el Mesías y así se lo presenta a su hermano Simón; Felipe y Natanael dicen de Jesús que es aquél al que describen Moisés y los profetas, además es el hijo de José y es natural de Nazaret. Finalmente el escéptico Natanael terminará llamando a Jesús hijo de Dios y rey de Israel; estamos entonces ante un bello pasaje de revelación progresiva de la identidad de Jesús.





II. Pistas homiléticas

- Al iniciar esta nueva etapa del ciclo litúrgico, la primera parte del Tiempo Ordinario, encontramos el inicio de la actividad pública de Jesús en el cuarto Evangelio, cuando es señalado por Juan el Bautista como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, la entrega de sus discípulos a Jesús, el reconocimiento como Mesías que hace Andrés de él y el llamamiento de Simón a quien le cambia el nombre por Cefas.
- Jesús, desde el inicio de su ministerio, se presenta como el maestro que comparte su casa con los discípulos, aquel que tiene el poder y la autoridad sobre ellos para cambiar incluso su nombre a uno de ellos. Al iniciar este año también nosotros, como pueblo de Dios que peregrina en la ciudad región de Bogotá, somos convocados a reconocer una vez más a Jesús como nuestro maestro, aquel que tiene autoridad sobre nosotros y que nos llama a estar con él y a seguirlo hasta su casa que es la Iglesia.
- El relato de la vocación de Samuel nos permite descubrir que es necesario aprender a discernir la Palabra de Dios para poder ponernos a su servicio: “habla, Señor, que tu siervo escucha”. Pero para que esto sea posible siempre será necesario que alguien nos guíe, nos señale el camino a seguir, en el caso presente fue el sacerdote Elí; en el evangelio primero es Juan el Bautista quien descubre la verdadera identidad de Jesús y luego Andrés cuando se hace discípulo de Jesús, para después convocar a su hermano Simón a que conozca a su maestro.
- Las palabras del salmista, aquel que ha sido curado: “yo esperaba con ansia al Señor, él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en mi boca un cántico nuevo”, se aplican hoy a cada fiel que ha venido a la eucaristía para agradecer los dones recibidos de su inmensa generosidad.



III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Al inicio del Tiempo Ordinario, nuestra Iglesia arquidiocesana continúa su trayecto de preparación para la salida misionera, con el deseo de sembrar el Evangelio de Jesús en el gran campo de Dios. Para ponernos en actitud de salida necesitamos primero pasar tiempo con el Maestro, ver cómo vive, formarnos con él, hacernos discípulos suyos.

Esto es posible cuando participamos de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, lugar del encuentro con el Cordero de Dios señalado por Juan el Bautista. Pidámosle al Espíritu de Dios que nos ayude a disponernos para reconocer la voz de Dios y permitir que entre en nuestras vidas, nos transforme e inspire nuestras acciones.

Monición a las lecturas

El camino discipular misionero del profeta Samuel comienza con la Palabra de Dios que irrumpe en la oscuridad, en las tinieblas y en la vida de aquel niño que permanece en la presencia del Señor, en su Templo, atento a la voz que llama y dispuesto a poner por obra lo que se le pida. Otro tanto ocurre con los discípulos de Juan el Bautista cuando él les presenta al Mesías y ellos se ponen en camino detrás de Jesús para seguirle. Como fruto de este encuentro, los discípulos pasan de decir «aquí estoy» a glorificar a Dios con su vida.

Tanto en el relato de Samuel como en el relato del evangelio, en la figura de Elí y en la de Juan el Bautista, se muestra que el discípulo no llega solo a la escucha de la Palabra, sino que el Espíritu de Dios le provee personas para guiarlo hacia ella. Escuchemos.





ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Oración de fieles

Presidente

Elevemos nuestra suplica confiada a Dios Padre, que quiere hacernos partícipes en la siembra y cuidado de las semillas de la esperanza.

R./ Padre amoroso, escúchanos.

1. Señor, de ti proviene la palabra de vida que llama al servicio para sembrar esperanza y cultivar la paz, concede a los pastores de tu Iglesia el don de permanecer atentos a tu palabra y dispuestos a tu servicio.
2. Padre creador, que con tu palabra hiciste todas las cosas, acompaña con la gracia de tu santo Espíritu a los gobernantes de las naciones en la construcción de la paz y la búsqueda del bien común.
3. Padre bueno, que miras con misericordia a quienes están en las periferias de la existencia, de la sociedad y de los territorios, suscita en su favor a quienes han de reconocerlos, acompañarlos y servirles generosamente.
4. Padre fiel, que no abandonas a los seres humanos, sino que los atraes hacia ti, concédenos la gracia de permanecer atentos a tu voz y prontos a tu voluntad para glorificarte con nuestra vida en el servicio a los hermanos y cuidado de la casa común.

Presidente

Padre misericordioso, te confiamos nuestra oración junto con las intenciones y necesidades de todas las personas que viven y esperan en la alegría del evangelio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

